

Las publicaciones por el Cincuentenario del Instituto Otavaleño de Antropología

38

Plutarco Cisneros A.
Y SU BIBLIOTECA
CINCUENTENARIO IOA

Huayna Capac murió, inesperadamente, en Quito, al parecer víctima de un brote de viruelas. Su muerte ocasionó una grave crisis interna que parecía concluiría cuando Atahualpa venció y capturó a Huascar y a su familia en el Cuzco.

Avizorado el triunfo, un hecho inesperado cambió el rumbo de la historia: unos viracochas asomaron por la costa del Pacífico. Atahualpa supo de ellos cuando uno de sus nobles generales le informó que unos barbudos habían salido del mar montados en grandes carneros.

Era el pequeño grupo de españoles liderados por Francisco Pizarro, un extremeño hijo del coronel Don Gonzalo Pizarro, célebre trujillano, muerto en Navarra, a quien señalan como un hombre dado a contar a su auditorio, de sus andanzas y hazañas de guerra, cada vez que retornaba de sus campañas en Flandes, Italia o en Navarra.

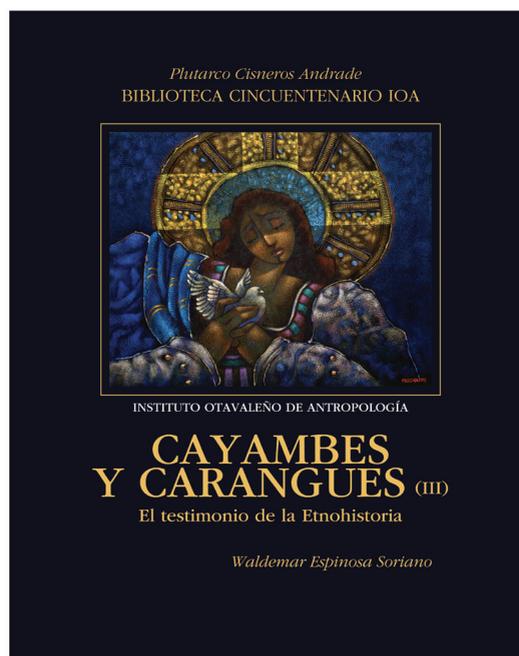
El que lo llamaran el Tuerto no le afectaba sino que daba más veracidad a sus relatos de cuchilladas y saqueos en Nájera, de sus peleas contra moros y cristianos en toda España o de sus conquistas amorosas de mujeres de distintas latitudes. Tres cosas solamente no podía contar el viejo coronel y no por falta de coraje sino por ignorarlas: el número de sus batallas, el número de sus deudas y el número de sus hijos. Cuando falleció recordó a todos los que pudo pero omitió hacerlo con un retoño suyo nacido de una hija de labradores que servía en el monasterio del Real, en Trujillo, que llevaba el nombre del convento, Francisco, y que habría de dar fama mundial al apellido paterno e incorporar millones de súbditos a la Corona Española.

Años antes, a partir del 12 de octubre de 1492, nació, históricamente, un cuarto continente tocado de modo coyuntural. No correspondía al mundo conocido hasta entonces. Américo Vespucio -al continuar la tarea iniciada por Colón cuando encontró el llamado golfo de Darién-, navegó por costas interminables que, por las referencias de nativos, abarcaban, miles de leguas adentro, territorios y poblaciones numerosas, pero no tuvo certezas respecto de lo que realmente era lo que la mirada suya y de sus hombres iban descubriendo. No obstante, será su nombre el que identificará a este *novus orbis* en las cartas geográficas que otros navegantes, años inmediatos por delante, trazarán y situarán, dimensionando el alcance de la nueva importante porción de tierra descubierta.

Los siglos XV y XVI se vuelven una especie de bisagra histórica de especiales connotaciones y consecuencias. Desde la perspectiva del descuberto, que pasa a ser el conquistado, es el fin de ciclos culturales de enorme importancia; desde la otra, la del descubridor, se inicia un proceso de conquista caracterizado por lo que Stern llamó las utopías del conquistador: "utopía de riqueza, de preeminencia social y de conversión cristiana".

LAS DOS CONQUISTAS QUE TRANSFORMARON LA HISTORIA DE NUESTROS PUEBLOS NATIVOS

-LA CONQUISTA ESPAÑOLA-
Primeras encomiendas
Waldemar Espinosa Soriano



Francisco Pizarro, desde un principio dispuso la repartición y distribución de la gente del que fue imperio de los Incas, otorgándose en forma de repartimientos o encomiendas a los españoles. Cada uno de éstos recibió una provincia, o un valle, o un cacicazgo. Cada encomendero se erigió en un auténtico señor feudal en su respectiva encomienda, algo así como un Inca en miniatura para acaparar los tributos y servicios que antes disfrutaron los curacas y los soberanos del Cusco. Y aún más: hicieron que les levantaran casas grandes, que les sembraran y cosecharan, que les cuidaran su ganado; les quitaron su oro, plata fina, etc.

En este sentido, inmediatamente de la fundación de la ciudad de Quito, en 1535, Sebastián de Benalcázar con anuencia de Pizarro, hizo el reparto de encomiendas. El mismo Benalcázar se otorgó la etnia Carangue, a la que le cambiaron de designación, llamándola Otavalo, debido a que el capaccuraca y el ayllu líder tenían este nombre. Por entonces albergaba una población tributaria de 1.500 a 2.000 hombres.

Una parte de Tulcán fue dada a Alonso de Villanueva y la otra a Antón Díez, al cual se le completó su encomienda cediéndole Cochisqui, Tanta, Píllaro y Patati. De allí se proveía de indios para trabajar unas minas y criar ganado. Comprendía más o menos 700 tributarios, lo que podían pagar 1.200 pesos de oro. Pero Villanueva, aparte de la porción de Tulcán, también fue beneficiado con un "señorío" cuyo nombre era Quilisco, y dos estancias más. Los tulcanes que le correspondieron sumaban 170 tributarios pacíficos,

que daban hasta 150 pesos de oro anuales. Los de Quilisco no estaban todavía visitados, ni tasados.

A Francisco de Vargas le dio Yaruquí y Pallatanga. A Pedro Gutiérrez de Logroño, Mocha y Mira; unos 1.000 tributarios que rentaban aproximadamente 1.500 pesos de oro y muchos indios para laborar en unas minas. (Le sucedió su hijo Pedro Gutiérrez, difunto ya en 1560).

El repartimiento de Carangue, que tal fue la denominación que se dio a los mitmas de la llacta incaica de Carangue y contorno de influencia fue entregado a Alonso Hernández; sin embargo éste regresó a Castilla. Al quedar libre dicha encomienda, fue dada por el mismo Pizarro a tres personas: Juan Gutiérrez de Pernia, Juan Gutiérrez de Medina y Pedro de Frutos. Pero los dos primeros fallecieron muy pronto, por lo que dichas porciones quedaron vacantes. La parte de Juan Gutiérrez de Pernia abarcaba la mitad de Carangue, más el repartimiento de Huaca (en los Pastos) y el pueblo de Tizaleo. Todos sumaban hasta 700 tributarios, que podían redituvar de 1.000 a 1.500 pesos de oro.

La encomienda de Juan Gutiérrez de Medina abarcaba la mitad de Carangue, más Chapi, Chillogallo y algunos yanaconas. Chapi y Chillogallo por gracia de Francisco Pizarro; pero los yanaconas y la otra mitad de Carangue por concesión de Rodrigo Ocampo. Se componía de 550 tributarios, y producían hasta 1.000 pesos de oro como tributo.

El repartimiento de Cayambe fue entregado originalmente al encomendero Pedro Martín. Comprendían 600 tributarios, que aportaban de 1.000 a 1.200 pesos de oro al año y aparte de eso muchos indios para trabajar en unas minas.

Como se percibe, fueron los españoles los que acabaron fraccionando y desestructurando a los señoríos y reinos andinos. Los subdividieron en dos y hasta en más encomiendas, con el objeto de gratificar los servicios de los invasores. Así fue como el gran capaccuraca o rey Carangue, con su sede en el ayllu de Otavalo, perdió autoridad y mando sobre la parte noreste y suroeste, es decir sobre el sector que quedó con el nombre de Carangue, encomienda de Alonso Hernández, y el de Cochisquí, repartimiento de Alonso de Villanueva, los cuales ya no se entendían con el gran cacique de Otavalo, porque fueron separados, liberados y apartados de éste. Y lo mismo sucedió en todos los demás lugares. Lo único que no perdieron los ayllus y curacazgos fue el derecho y acceso a ciertos pisos ecológicos importantes, como por ejemplo a las salinas del sur del río Mira.